

ESTER Y EL MISTERIO DEL PUEBLO JUDÍO

Mons. Dr. Juan Straubinger

Introducción

I – La reprobación del Pueblo Judío

II – El lugar de los Judíos es ocupado por los Gentiles

III – La Restauración del Pueblo Judío

IV – Sucesión de los acontecimientos novísimos

V – Conclusión

Palabras de consuelo a los judíos perseguidos

INTRODUCCIÓN

El libro de Ester, cuya traducción y explicación hemos dado en las páginas precedentes, nos permite, con mayor facilidad que extensos tratados, abarcar en un golpe de vista la historia del Antiguo Testamento, en su doble aspecto: la bondad y misericordia sin límites de Dios para con su pueblo, y la indignación tremenda para éste cuando despreciaba su santa Ley.

Cada vez que el pueblo elegido abandonaba al Señor, desviándose de los caminos rectos y confiando en sus propias fuerzas, era castigado por Él y entregado a sus enemigos. Tan pronto, empero, como se arrepentía y volvía a poner su confianza en el Señor su Dios, recibía los más asombrosos auxilios, viendo siempre humillados a sus enemigos, aun cuando eran más fuertes que él. Toda la historia del Antiguo Testamento ofrece la prueba irrefutable de esta conducta paternal de Dios, que perdona y sólo corrige para sanar y salvar.

Así también lo que se narra en ese libro, respecto a Ester y Mardoqueo que

salvaron a su pueblo de la perdición, no es más que un eslabón de la larga cadena de prodigios obrados por Dios en favor de su pueblo escogido, cadena que comenzó por su salvación milagrosa de la esclavitud de Egipto; que tuvo su continuación durante siglos hasta la no menos portentosa liberación de las manos de los babilonios y sirios, y que perdura aún en el otro milagro constante de la conservación de esta nación dispersa entre otras, sin patria ni altar.

Si Ester pudo salvar a su pueblo, que estaba destinado a sucumbir, fué porque Dios lo salvó; y salvólo Dios porque ella y todo su pueblo se humillaron y confiaron única y exclusivamente en la ayuda del Todopoderoso. He aquí la clave para, la comprensión de la historia del Antiguo Testamento y del pueblo judío en general: Dios lo bendice *siempre que se hace pequeño delante de Él, como un hijo confiado; y lo rechaza cuando se olvida del pacto que hizo Él con sus padres en el Monte Sinaí.*

Si partimos de esta idea básica, comprenderemos no sólo el pasado de ese pueblo, sino también y de la única manera posible, *su porvenir*. Éste es el punto que ha de ocuparnos aquí precisamente¹.

Por principio nos abstenemos de escribir sobre el problema judío desde los puntos de vista político, económico y racial. Esto ha sido hecho sobradamente por otros, y por cierto no siempre con resultado satisfactorio, precisamente porque muchos, sobre todo autores no católicos, no han tenido en cuenta lo esencial, que es propio de este pueblo: su misión, es decir, las promesas que Dios le ha hecho por conducto de los Profetas del Antiguo Testamento y por medio de los Apóstoles de la Nueva Alianza. Toda la literatura contra los judíos y sobre ellos ha sido escrita de balde, en cuanto no arranca del fundamento bíblico de tan intrincado problema.

La presente exposición limitase, por eso, intencionalmente a la pregunta: *¿Qué dice la Sagrada Escritura sobre el porvenir del pueblo israelita?*

¹ Téngase presente que éste libro fue publicado en 1943, durante la Segunda Guerra Mundial, cinco años antes de la fundación del Estado de Israel (nota del Editor)

No hablamos, por consiguiente, del antisemitismo² — materia tan en boga en esta época de nacionalismos—, ni de las riquezas, pocas o muchas, de los judíos, ni de los medios por los cuales las hayan adquirido. Tampoco tratamos de las persecuciones a que este pueblo, más que otros, ha estado expuesto y bajo las cuales vuelve a sufrir también actualmente, al punto de cumplirse hoy literalmente la profecía del Salmo 43, 12: “Nos entregaste como ovejas para el matadero”. Sólo hablamos aquí del aspecto teológico de ese gran “misterio” —así lo llama San Pablo en Rom. 11, 25- del porvenir, mejor dicho, de la cuestión escatológica de Israel.

[Regresar al Índice](#)

² No se puede, sin el odio de un antisemita racista, aplicar I Tes. 2. 15 a los judíos en general, y en particular a los de hoy. S. Pablo habla en el citado lugar de los judíos que se mostraban hostiles a los cristianos en Salónica, como en otras ciudades donde él predicó el Evangelio. Se creían, además, superiores a los demás pueblos, y, por eso eran odiados de todos los hombres. El Apóstol no condena al pueblo Judío en general ni para siempre, ya que él mismo y las “columnas” de la Iglesia son de origen judío. Quien medita en Rom. 11 y especialmente en los vers. 12 y 15, notará cuán lejos está S. Pablo del antisemitismo y cuán falso es tomar sus palabras como fundamento exegético para el antijudaísmo de hoy. Sobre la defensa que del pueblo judío como tal hacen los Evangelistas, trataremos en la nota final del próximo capítulo.

I. LA REPROBACIÓN DEL PUEBLO JUDÍO

Empecemos por Moisés, el mayor de los Profetas, cuya personalidad y escritos pertenecen a los siglos XV o XVI antes de la era cristiana. De él provienen los primeros cinco libros de la Sagrada Escritura, que fueron traducidos al griego ya en el siglo tercero antes de Cristo, y de los cuales, por lo tanto, no se puede sospechar que hayan sido escritos después de la destrucción de Jerusalén y del estado judío (a. 70 después de Cristo). En el quinto de sus libros, el Deuteronomio, vaticina el gran profeta las tremendas desgracias que iban a sobrevenir a su pueblo:

“Serás hecho esclavo de un enemigo que conducirá el Señor contra ti, con hambre y sed, y desnudez, y todo género de miserias; y pondrá un yugo de hierro sobre tu cerviz, hasta que te aniquile. Desde un país remoto, del cabo del mundo hará venir el Señor contra ti, con la rapidez impetuosa con que vuela el águila, una nación cuya lengua no podrás entender; gente sumamente procaz, que no tendrá respeto al anciano, ni compasión del niño; y que devore las crías de tus ganados y los frutos de tus cosechas, de suerte que perezcas; y no te deje trigo, ni vino, ni aceite, ni manada de vacas, ni rebaños de ovejas, hasta que te destruya, y aniquile enteramente todas tus ciudades, y queden arruinados en toda tu tierra esos altos y fuertes muros en que ponías tu confianza. Quedarás sitiado dentro de tus ciudades en todo el país que te dará el Señor Dios tuyo; y llegarás a comer el fruto de tu seno, la carne de tus hijos y de tus hijas que te hubiere dado el Señor Dios, por la estrechura y desolación a que te reducirá tu enemigo. El hombre más delicado y más regalón de tu pueblo, será mezquino con su hermano, y con su esposa misma que duerme en su seno, para no darles la carne de sus hijos, que comerá por no hallar otra durante el sitio, y en la necesidad extrema con que te aniquilarán tus enemigos dentro de tus ciudades” (Deut. 28, 48-55).

“El Señor te desparramará por todos los pueblos desde un cabo del mundo al otro; y allí servirás a dioses ajenos que ni tú ni tus padres conocisteis, a leños y a piedra. Aun allí entre aquellas gentes no lograrás descanso, ni podrás asentar el pie; porque el Señor te dará allí un corazón espantadizo y ojos desfallecidos, y un alma consumida de tristeza. Y estará tu vida como pendiente delante de ti; temerás de día y de noche, y no confiarás por tu vida. Por la mañana dirás: ¿Quién me diera llegar a la tarde? Y por la tarde:

¿Quién me diera llegar a la mañana? Tan aterrado y despavorido estará vuestro corazón y tan horribles las cosas que sucederán a vuestros ojos. El Señor te volverá a llevar en navíos a Egipto, después que dijo que no volverías más a ver aquel camino. Allí seréis vendidos a vuestros enemigos por esclavos, y por esclavas, y aun no habrá quien quiera compraros” (Deut. 28, 64-68). Ver también la profecía de Moisés en Levítico cap. 26, que es del mismo tenor.

En estas palabras de Moisés, que constituyen sólo una parte de sus profecías, enciérranse del modo más claro las siguientes predicciones:

- 1) El pueblo judío perderá su *independencia política* (vers. 48-50);
- 2) Será *expulsado* del país de sus padres (versículos 64 y 68);
- 3) Dios lo *dispersará por todo el orbe*: "por todos los pueblos desde un cabo del mundo al otro" (vers. 64);
- 4) No encontrará *tranquilidad* alguna entre esas naciones extrañas, sino que andará por el mundo con *terrores, tristeza y melancolía* (versículos 65-67);
- 5) Será objeto de *hostilidad y persecución* de parte de los demás pueblos (vers. 67).

Se ha intentado disminuir el sentido de la profecía conminatoria de Moisés, relacionándolo sólo con la primera destrucción de Jerusalén por los babilonios (587 antes de Cristo) y el cautiverio babilónico. Sin embargo, en aquella ocasión el exterminio del pueblo y su expulsión de Palestina no fueron ni mucho menos tan completos como en la segunda y definitiva destrucción por los romanos (70 después de Cristo). Es, además, un hecho histórico que el vaticinio pronunciado en el versículo 68: "el Señor te volverá a llevar en navíos a Egipto", no se cumplió sino en la segunda destrucción de Jerusalén (Josephus, Bell. Jud. VI, 9.2).

Síguese de esto que la profecía de Moisés se refiere al tiempo posterior a la segunda destrucción, es decir, *al pueblo judío de hoy*. Así la entienden Scío,

el famoso traductor de la Biblia al castellano (en su nota a los vers. 64, 65), Cornelio a Lápide y otros exegetas.

Para mejor inteligencia notemos que la única época en que los judíos no fueron perseguidos fue la era del liberalismo que comenzó en la Revolución Francesa, mientras que antes, y hoy de nuevo, a pesar de la mano protectora de los Sumos Pontífices³, las expulsiones y matanzas están a la orden del día, de tal manera que los perseguidos se vieron obligados a refugiarse en los últimos rincones del mundo, hasta entre los pueblos salvajes. No es, pues, de extrañar que recientemente, entre los judíos de Méjico se hayan descubierto descendientes de prófugos judíos españoles.

La profecía de Moisés es retomada y especificada por los *Profetas posteriores*, especialmente por Daniel, quien vaticinó en el siglo VI antes de Jesucristo, después de la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor (587 a. de Cristo). Leamos los versículos 23-27 del capítulo nono de su importantísima profecía:

“Desde que saldrá la orden para que sea reedificada Jerusalén, hasta el Cristo príncipe, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas; y será nuevamente edificada la plaza, y los muros en tiempos de angustia. Y después de las sesenta y dos semanas será muerto el Cristo; no será más suyo el pueblo, el cual le negará. Y un pueblo con su caudillo destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será la devastación, y acabada la guerra quedará establecida la desolación. Y Él (Cristo) afirmará su alianza en una semana con muchos: y a la mitad de esta semana cesarán las hostias y los sacrificios; y estará en el templo la abominación de la desolación; y durará la desolación hasta la consumación y el fin”.

Este vaticinio de las semanas (de años) reviste carácter netamente mesiánico. Cumplido el plazo y muerto Cristo, el pueblo judío ya no será

³ “La Iglesia Católica ha acostumbrado siempre rezar por el pueblo judío, depositario de las promesas divinas... La Silla Apostólica ha protegido a ese pueblo contra injustas vejaciones... Asimismo condena ese odio que hoy suele llamarse antisemitismo” (Pío XI). Nótese también la magnanimidad de Pío XII que dio trabajo en el Vaticano a varios destacados judíos perseguidos (Almaggia, Giorgio del Vecchio, Stuccoli, etc.); la intervención del Cardenal Faulhaber de Munich por los judíos de su país, y nuevamente la Carta pastoral de los Obispos holandeses con fecha 17 de febrero de 1943, que en forma solemne protestan contra “la persecución y ejecución de conciudadanos judíos”.

“suyo” (de Cristo), sino que otro pueblo con un caudillo (los romanos bajo Tito) vendrá y destruirá la ciudad santa y el Templo. Se establecerá una nueva "alianza" (el Nuevo Testamento) “con muchos” (los gentiles admitidos al cristianismo) y “cesarán las hostias y sacrificios” (de la Antigua Alianza).

En la última frase se amplía la mirada del Vidente mostrándole Dios el triste porvenir de su pueblo: Estará en el templo *la abominación de la desolación* que durará *hasta la consumación y el fin*.

El mismo Señor evocó en Mat. 24, 15 este vaticinio de Daniel: *Cuando viereis que está establecida en el lugar santo la abominación de la desolación que predijo el Profeta Daniel, etc*⁴.

Lo hizo queriendo preparar a sus discípulos para los dos trascendentales acontecimientos de que habla en dicho capítulo 24, a saber: la ruina de Jerusalén y los tiempos novísimos: De allí que añada: "Ya veis que yo os lo he predicho" (ver-sículo 25). No cabe, pues, duda alguna de que esta última parte de la profecía se relaciona con el destino del pueblo judío, cuyo centro vital, el Templo, quedará destruido "hasta la consumación y el fin".

Lo mismo predice Jesucristo en Luc. 21, 24: *Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de las naciones (los gentiles) acaben de cumplirse*; palabra del Señor que San Pablo interpreta en la Epístola a los Romanos (11, 25).

Prescindimos de muchas semejantes profecías encerradas en las Sagradas Escrituras, porque aquí no se trata de dar una exégesis de todos los textos, sino solamente destacar la idea dominante: la sentencia tremenda de la reprobación del pueblo judío por Dios, su dispersión entre otras naciones y los sufrimientos que ha de experimentar como consecuencia de la reprobación⁵.

⁴ Sobre la exégesis de este lugar, véase Billot, *La Parousie*, II ed., páginas 100 y siguientes.

⁵ Es interesante y a la vez consolador ver cómo en el Nuevo Testamento se excusa al pueblo, la gente humilde de los judíos, que sólo era un instrumento en manos de los escribas y príncipes de los sacerdotes. Vayan algunos ejemplos:

Luc. 19, 47: “Y Él enseñaba cada día en el templo. *Los príncipes de los sacerdotes y los escribas* buscaban cómo acabar con El, lo mismo que los jefes del pueblo pero no hallaban cómo hacer, porque *el pueblo todo entero* estaba pendiente de sus labios”.

[Regresar al Indice](#)

Vemos aquí el rechazo de Jesús por la Jerarquía y el poder civil. En cambio *el pueblo todo entero* estaba con Él así como le seguía tres días sin comer cuando la multiplicación de los panes; así como lo recibía triunfalmente en Jerusalén, etc.

Sigue S. Lucas 20, 6: "Si decimos (que la predicación de Juan es) de los hombres, *el pueblo entero* nos lapidará, porque está persuadido de que Juan era un profeta". Segunda prueba de fidelidad de todo el pueblo. Esta vez, para con el Precursor, que vino "para preparar al Señor un pueblo perfecto".

En Luc. 20, 19: "Entonces los príncipes de los sacerdotes y los escribas (después de lo tremenda parábola de la viña, que había excitado su furor) querían prenderlo en ese mismo momento... *pero tuvieron miedo del pueblo*".

S. Pedro en los Hechos (4, 10 s.) citando el mismo Salmo que Jesús en Luc. 20, 17 (la piedra reprobada, etc.) les dice *a los miembros del Sanedrín*, es decir, a los príncipes de la Sinagoga: "a quien vosotros crucificasteis". En cambio, a los del pueblo israelita (Hech 3, 12 ss.) les recuerda que negaron a Cristo ante Pilatos, etc, y lo explica diciendo que lo hicieron *por ignorancia*, o mejor dicho: que *por ignorancia obraron como sus jefes*. La verdad de lo que dice Pedro es decir, la seducción del pueblo por los príncipes y sacerdotes, se ve clara en el juicio ante Pilatos, pues *éste recurre al pueblo* sabiendo que *los sacerdotes* le entregaban a Jesús "per invidiam" (Mat. 27, 18). Y se ve también que el "crucifige Eum" y la preferencia de Barrabás fué influencia de los sacerdotes contra la verdadera voluntad del pueblo.

II. EL LUGAR DE LOS JUDÍOS ES OCUPADO POR LOS GENTILES

La incredulidad del pueblo escogido trajo en consecuencia, según nos enseña San Pablo, la admisión de otros pueblos elegidos por Dios; vaticinio éste común entre los Profetas y probado con toda exactitud por la historia. Vayan como ejemplos: Deut, 32, 20 y 21; Is. 65, 1 y 2; Rom. 11, 7 ss; Ef. 2, 12 ss.

“Yo (Dios) esconderé de ellos (los judíos) mi rostro, y consideraré sus postrimerías, porque es raza perversa, e hijos infieles. Me provocaron con aquel que no era Dios, y me irritaron con sus ídolos. Yo también los provocaré con aquel que no es pueblo, y con gente necia los irritaré” (Deut. 32, 20 y 21).

La interpretación nos la da San Pablo en Rom. 10, 19 y 20; donde muestra que los que antes no fueron pueblo, los bárbaros y salvajes, serán llamados por Dios a la salud mesiánica. La "gente necia" cuya vocación al Reino irrita a los judíos, somos nosotros los cristianos que provenimos de los antiguos gentiles⁶.

El Apóstol de los gentiles cita en el mismo lugar a Isaías, para probar que la conversión de los paganos y bárbaros es la respuesta de Dios a la incredulidad de los judíos.

Dice Dios en Isaías (65, 1 s.): “Buscáronme los que antes no preguntaban por Mí; halláronme los que no me buscaron. Dije: vedme, vedme, a una nación que no invocaba mi nombre. Extendí mis manos todo el día a un pueblo incrédulo, que anda en camino no bueno en pos de sus pensamientos”.

Siguiendo a San Pablo los Santos Padres, como San Jerónimo, San Ambrosio, San Crisóstomo, etcétera, unánimemente sostienen que Isaías aquí habla de la reprobación de los judíos y el llamado de otros pueblos a ocupar su lugar.

San Pablo no se cansa de destacar el significado místico de tan grande

⁶ Ver también Os. 1, 10, citado y explicado por San Pablo en Rom. 9, 25 y ss., junto a Is. 10, 22.

misterio. Cuídense los cristianos de Roma, — y con ellos nosotros todos- de engreírse por la vocación a la fe: no sea que se acarreen la misma suerte que los judíos. Leemos en la Epístola a los Romanos (11, 11-22):

“Mas, pregunto: ¿(Los judíos) están caídos para no salvarse jamás? No, por cierto. Sino que su caída ha venido a ser una ocasión de salud para los gentiles, a fin de que el ejemplo de los gentiles los excite a la emulación. Que si su delito ha venido a ser la riqueza del mundo, y el menoscabo de ellos el tesoro de los gentiles, ¿cuánto más lo será su plenitud? Con vosotros hablo, ioh gentiles!, ya que soy el Apóstol de los gentiles. He de honrar mi ministerio para ver si de algún modo puedo provocar a emulación a los de mi linaje (los judíos), y logro la salvación de algunos de ellos. Porque si el haber sido ellos desechados, ha sido la reconciliación del mundo, ¿qué será su restablecimiento sino resurrección de muerte a vida? Porque si las primicias son santas lo es también la masa; y si es santa la raíz, también las ramas. Que si algunas de las ramas han sido cortadas, y si tú (ioh pueblo gentil!), que no eres más que un olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas y hecho participante de la savia que sube de la raíz del olivo, no tienes de qué gloriarte contra las ramas. Y si te glorías, sábetete que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pero las ramas, dirás tú, han sido cortadas para ser yo ingerido. Bien está; por su incredulidad fueron cortadas. Tú empero, estás ahora firme por medio de la fe: mas no te engrías; antes bien, vive con temor. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, debes temer que ni a ti tampoco te perdonará. Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con aquellos que cayeron, y la bondad de Dios para contigo si perseverares en el estado en que su bondad te ha puesto; de lo contrario tú también serás cortado”.

No es difícil explicar las palabras de San Pablo, con tal que uno tenga presente la idea fundamental de que Dios desechó al pueblo ingrato e incrédulo de Israel y admitió en su lugar a las naciones gentiles. Efectivamente, *la caída* (v. 11), *el delito* (v. 12), *el menoscabo* (v. 12) de los judíos ha venido a ser *la riqueza del mundo* (v. 12), en cuanto dio lugar a la conversión de los gentiles. Fracasada la misión entre sus connacionales, los Apóstoles se dirigieron a la gran masa de los pueblos no judíos, que no tardaron en llenar el vacío. Véase sobre el mismo tema el razonamiento del Apóstol en la Epístola a los Efesios (2, 12 y ss, y Mat. 10, 6; Luc. 24, 47;

Hech. 3, 26; 13, 46).

Pero guárdense los gentiles de gloriarse de que ellos, *el olivo silvestre* (v. 17), hayan sido injertados a Cristo: *la rama natural* (v. 21) *son los judíos*, y aunque esa rama ha sido cortada por su incredulidad, *poderoso es Dios para injertarla de nuevo* (v. 23) con más razón que a la otra (v. 24), la cual, a su vez, *será cortada si no es fiel* (v. 22).

De ellos (los judíos) procedieron las *primicias* (v. 16) santificadas del cristianismo: los Apóstoles y primeros cristianos; por lo cual también *el resto*, *la masa* (v. 16) queda santificada y consagrada a Dios. La consagración definitiva se verificará en el restablecimiento (v. 15), la plenitud (y. 12.), esto es, la conversión de Israel.

[Regresar al Índice](#)

III. LA RESTAURACIÓN DEL PUEBLO JUDÍO

No nos referimos a la restauración política del pueblo israelita, que algunos han creído muy cerca por la existencia del sionismo, que trata de llevar los dispersos a Palestina, y porque ha comenzado una colonización judía en Tierra Santa, incluso el establecimiento de institutos culturales y científicos, fundados por pudientes judíos de Europa y Norteamérica en el país de sus padres.

De la restauración de Israel hablan casi todos los Profetas del Antiguo Testamento, los cuales, siempre que amenazan al pueblo infiel con el castigo de Dios, lo consuelan, para su conversión, con las promesas mesiánicas y la esperanza de una restauración cercana o remota.

A fin de no perdernos en investigaciones harto difíciles sobre el carácter de la restauración anunciada por los Profetas, recurrimos al mejor intérprete: San Pablo. El gran Apóstol no puede concluir el capítulo sobre la reprobación de su pueblo, sin añadir una de las más consoladoras promesas que jamás fué dada por Profeta alguno. Revela en el capítulo 11, vers. 25-32 de la Epístola a los Romanos, el siguiente misterio:

“Por tanto, no quiero, hermanos, que ignoráis este misterio, a fin de que no tengáis sentimientos presuntuosos de vosotros mismos: una parte de Israel ha caído en la obcecación, hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado. Entonces salvarse ha todo Israel, según está escrito: Saldrá de Sión el Libertador, que desterrará de Jacob la impiedad. Y tendrá efecto la alianza que he hecho con ellos, en habiendo Yo borrado sus pecados. En orden al Evangelio son enemigos por ocasión de vosotros; mas con respecto a la elección, son muy amados a causa de sus padres, pues los dones y vocación de Dios son inmutables. Pues así como en otro tiempo vosotros no creíais en Dios, y al presente habéis alcanzado misericordia por ocasión de la incredulidad de ellos, así también los judíos están al presente sumergidos en la incredulidad para dar lugar a la misericordia que vosotros habéis alcanzado, a fin de que consigan también ellos misericordia. Porque Dios permitió que todos los hombres quedasen envueltos en la incredulidad para ejercitar su misericordia con todos”.

Antes de entrar en la interpretación de este texto maravilloso, hay que destacar que el Apóstol habla como persona inspirada que disfruta de la asistencia del Espíritu Santo. Él mismo lo dice expresamente en este caso, al comienzo de su tratado sobre la materia que estudiamos: "*Digo la verdad en Cristo, no miento, dándome fe mi conciencia por el Espíritu Santo*" (Rom. 9, 1).

El Doctor de los gentiles anuncia ni más ni menos que el "restablecimiento" de Israel (v. 15). Reprobada por su incredulidad, no tropezó para que cayese definitivamente, sino para que pudiésemos entrar los gentiles (Rom. 11, 11 y 31); ni fué privada de las promesas de Dios, *pues los dones y vocación de Dios son inmutables* (v. 29) y los judíos, respecto a su elección, siguen siendo *muy amados por causa de sus padres* (v. 28)⁷.

Por cierto que los judíos están al presente sumergidos en la *incredulidad* (v. 31), pero el brazo del Omnipotente los alcanzará, para que consigan también ellos *misericordia* (v. 31), *cuando la plenitud de las naciones haya entrado*⁸, es decir después de la vocación de los pueblos paganos al Evangelio.

Es tan grande el misterio de la salvación de Israel, que el Apóstol se pone de rodillas y termina su profecía en un himno majestuoso a la eterna Sabiduría y Misericordia (Rom. 11, 33-36):

¡Oh profundidad de los tesoros de la Sabiduría y de la Ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, cuán impenetrables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido los designios del Señor? O ¿quién fue su consejero? O ¿quién es el que le dio a Él primero alguna cosa, para que pretenda ser por ello recompensado? Porque de Él, y por Él y en Él son todas las cosas: a Él sea la gloria por siempre jamás. Amén."

Pongámonos de rodillas también nosotros para adorar el corazón amoroso del Padre que se acordará algún día del pueblo, el cual, como lo dijo Pío XI,

⁷ ¿Cómo no recordar aquí el nombre cariñoso *Yeschurún* (el muy recto: Vulgata y Setenta: el Amado) con que Dios acaricia a su pueblo en Deut. 32, 15 y que se repite en Deut. 33, 5 y 26 y en Is. 44, 2?

⁸ Esto no quiere decir que todos los pueblos *aceptarán* el Evangelio antes de la conversión de los judíos sino tan sólo *que será predicado*, como dice el Señor en Mt, 24, 14. Véase sobre esto el cap. IV. enc. 1 de este estudio.

fué el escogido, el encargado de la misión más santa que jamás desempeñó pueblo alguno: de transmitir la revelación divina a través de las tinieblas de los siglos pre-cristianos y de guardar pura la fe en un solo Dios en medio de un mundo idolátrico.

La idea de la incorporación de Israel a la verdadera grey, ocupa a San Pablo también en II Cor. 3, 13, donde compara la ceguera de ese pueblo con el velo que llevaba Moisés al hablar con los hombres después de haber hablado con Dios. Pero es, además, tema predilecto de San Pedro y Santiago. El Príncipe de los Apóstoles exhorta a los judíos a la contrición: entonces el Padre les enviará al mismo Jesucristo (Hech. 3, 20) y cumplirá todas las *promesas* que antiguamente hizo por boca de los Profetas, y serán *restauradas* todas las cosas.

“Arrepentíos, pues, dice San Pedro, y convertíos, a fin de que se borren vuestros pecados, para cuando vengan, por disposición del Señor, los tiempos de consolación, y envíe al mismo Jesucristo que os ha sido anunciado, al cual es menester que reciba el cielo hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas de que antiguamente habló por boca de sus santos Profetas” (Hech. 3, 19-21). El sentido literal y escatológico de estos versículos está fuera de toda duda, como observaba ya San Crisóstomo. Por la *restauración* San Pedro no puede entender otras cosas que los profetas a que se refiere.

Santiago se hace intérprete del mismo pensamiento en el Concilio de Jerusalén (Hech. 15, 16). ¡Qué luz tan clara arrojan estas palabras de de los Apóstoles sobre la palabra del Maestro: "Jerusalén será hollada por los gentiles hasta que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse"! (Luc. 21, 24).

Son muy numerosas las profecías del Antiguo Testamento que pintan, para los últimos tiempos, un mundo nuevo, en el cual un gran papel corresponde al pueblo de Israel. No ignoramos cuán difícil es interpretar profecías, y mucho más cuando éstas no se han cumplido aún. Hay expositores que no vacilan en entenderlas todas alegóricamente del Nuevo Israel, la Iglesia.

Conviene hacer aquí una observación general sobre los sentidos y la

interpretación de las profecías, esas luces admirables que a manera de rayos luminosos esclarecen las tinieblas del futuro. Es muy divulgada la tendencia de aplicar a la iglesia todas aquellas que se refieren a un porvenir mejor, a un reino de paz y felicidad, al restablecimiento de la casa de David, de Sión, de Jerusalén, de Jacob, de Israel, de Judá, de José, de Efraím, y análogas referencias al pueblo de los judíos y su tierra. En apoyo de tal interpretación suelen tomarse los vaticinios en un sentido exclusivamente alegórico o metafórico.

Sin negar lo justificado de la interpretación alegórica en este campo, debemos, sin embargo, tener presente la regla de oro de Santo Tomás: "Omnes sensus (Scripturae) fundantur super unum, scilicet, litteralem, ex quo solo potest trahi argumentum", y las normas de las Encíclicas "Providentissimus Deus, de León XIII, y "Spiritus Paraclitus" de Benedicto XV (Ench., Bibl. n. 92. n. 97, n. 498). La "Pontificia Comisión Bíblica" en una carta fechada el 30 de agosto de 1941 y dirigida a todos los Prelados de Italia, recalca esos mismos principios contra un autor anónimo que intentaba desacreditarlos.

Claro está que ni los Sumos Pontífices ni la Comisión Bíblica prohíben buscar un sentido alegórico, pero siempre y ante todo es de investigar cuál fué el sentido que quiso expresar el autor sagrado. A este respecto hay que decir que los Profetas mencionan a veces tan claramente la restauración de las diez tribus de Israel (José, Efraím), y su unión con las dos de Judá, que no podemos menos de pensar en la nación judía como tal, y no en el actual pueblo cristiano, que en general procede de los gentiles, y cuya vocación al reino de Cristo está también vaticinada en el Antiguo Testamento en forma inconfundible con la conversión de Israel. El hecho es que esa unión de las diez tribus con las dos, no se realizó desde los tiempos en que hablaron los Profetas, hasta hoy. Persiste, por consiguiente, la esperanza de que algún día se verificará, quizás como uno de los últimos acontecimientos. Por lo menos debemos darle cabida y no excluirla de antemano.

Para consolar a sus contemporáneos afligidos y humillados por los enemigos, los Profetas pintan de preferencia, con los más vivos colores, la futura prosperidad de su país y nación, y mirando a un porvenir más remoto, anuncian una renovación total del pueblo de Israel. No solamente

San Pablo, de quien trataremos más adelante, sino ya el "Eclesiástico" del Antiguo Testamento refiere estas consoladoras profecías al pueblo judío, cuando dice que Isaías "vio con su gran espíritu los últimos tiempos, y consoló a los que lloraban en Sión, Anunció lo que debe suceder hasta el fin de los tiempos" (Ecl. 48, 27), y cuando alaba a los Profetas Menores (en la traducción de Crampon) "porque consolaron a Jacob y lo salvaron por una esperanza cierta (Ecli. 40, 12) ¿Qué consuelo podía ser para los judíos el prometerles cosas para una Iglesia de los gentiles? Isaías lo confirma en 66, 10.

Precisamente en aquellos cuadros maravillosos que Dios ha pintado por boca le los Profetas para confortar a su pueblo, abundan referencias a las iniquidades de Israel, a la "confusión de su mocedad" (Is. 54, 4), a su "pecado" (Jer. 31, 14), a los lugares donde "pecaron" (Ez. 37, 23), etc. Nadie se atreverá a aplicarlas a la Iglesia, la inmaculada Esposa de Cristo, y quitar a los judíos la última esperanza que según San Pablo les queda, como manifestación de las inconmensurables riquezas de la misericordia de Dios, y en cumplimiento de sus promesas (Rom. 11). La "repudiada" algún día volverá a su divino Esposo, y ocupará un lugar central en el triunfo final de la Iglesia.

¿No somos a veces poco amorosos con los judíos, como los cristianos en tiempos de San Pablo, el cual los previene por eso contra sentimientos presuntuosos? (Rom. 11, 25). Dejemos a Israel el puesto que le corresponde en las profecías, y no reservemos toda la gloria para nosotros.

Una observación final facilitará tal vez la comprensión del problema. Es propio de la profecía el que abarque a veces dos perspectivas, y dos modos de cumplirse, una figurada y otra real. Así. p. ej., el vaticinio de Jesucristo en Mat. 24 tiene dos aspectos, siendo el primero (la destrucción de Jerusalén) la figura del segundo (el fin del mundo). Muchas profecías resultan puros enigmas, si el expositor no se atiene a este principio exegético que le permite ver en el cumplimiento de una profecía la figura de un acontecimiento futuro.

Sin embargo, la interpretación de uno que otro texto no deja de ser oscura, aunque explotemos todos los recursos de la hermenéutica. Quedan

envueltas en el misterio precisamente aquellas cosas que más busca la curiosidad humana.

Felizmente poseemos en la carta de San Pablo a los Romanos (11, 26 y 27), la interpretación inequívoca de uno de estos pasajes oscuros que se encuentra en Isaías 59, 19-21 y que reza como sigue:

“Con esto temerán el nombre del Señor los que están al Occidente, y los del Oriente su gloria: cuando venga como un río impetuoso, impelido del Espíritu del Señor, y llegue el Redentor que ha de redimir a Sión y a aquellos hijos de Jacob, que se convierten del pecado, dice el Señor. Y éste es mi pacto con ellos, dice el Señor: el Espíritu mío que está en ti y las palabras mías que puse Yo en tu boca, no se apartarán de tus labios, dice el Señor, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de tus nietos desde ahora para siempre”.

Para San Pablo las palabras recién citadas forman el fundamento exegético de su argumentación y han de referirse a la salvación final del pueblo judío⁹.

Compárese con esto cómo San Pablo en Rom. 9, 27 explica en el mismo sentido otro pasaje del gran Profeta (Is. 10, 20-23):

“Entonces será, cuando los que quedaren de Israel, y los de la casa de Jacob que habrán escapado, no volverán a fiarse en el que los hiere, sino que sinceramente se apoyarán en el Señor, el Santo de Israel. Los residuos de Jacob, los residuos digo, se convertirán al Dios Fuerte. Porque aun cuando tu pueblo, oh Israel, fuese como la arena del mar, los restos de él se convertirán; los restos que se salvaren de la destrucción, rebosarán en justicia. Porque destrucción y disminución hará el Señor Dios de los ejércitos en toda la tierra”.

Jeremías, el segundo de los Profetas mayores, dedica a la renovación de

⁹ Los intérpretes que, como por ej. Simón-Prado, ven en Rom. 11, 27 citado también a Is. 21, 9 han de aplicar igualmente este pasaje a la conversión de Israel, "la viña del vino rico", (v. 2) "Cuando vieren (los judíos) que destruido su templo y los otros que hayan consagrado a los ídolos se erigen por todas partes altares y templos al verdadero Dios; entonces comenzarán ellos a abrir los ojos, y se convertirán a Jesucristo." (Nota de Scío a Is. 27, 9).

Israel varios capítulos. El 31 culmina en los vers 31-36, citados expresamente por San Pablo en la Epístola a los Hebreos (8, 8 ss y 10, 16):

“He aquí que viene el tiempo, dice el Señor, que Yo haré una nueva alianza con la casa de Israel, y con la casa de Judá; alianza no como aquella que contraí con sus padres el día que los tomé por la mano para sacarlos de la tierra de Egipto: alianza que ellos invalidaron; y ejercí sobre ellos mi dominio, dice el Señor. Mas ésta será la alianza que Yo haré, dice el Señor, con la casa de Israel, después que llegue aquel tiempo: imprimiré mi Ley en sus entrañas, y la grabaré en sus corazones; y Yo seré su Dios y ellos serán el pueblo mío. Y no tendrá ya el hombre que hacer de maestro de su prójimo ni de su hermano, diciendo: Conoce al Señor. Pues todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande, dice el Señor; porque Yo perdonaré su iniquidad y no me acordaré más de su pecado. Esto dice el Señor, que envía el sol para dar luz al día, y ordena el curso de la luna y de los otros astros para esclarecer la noche; el que alborota el mar y braman las olas; el que se llama Señor de los ejércitos. Cuando estas leyes, dice el Señor, establecidas por mi providencia, vinieren a faltar, entonces podrá faltar también el linaje de Israel, y dejar de ser nación perdurable a mi presencia (Jeremías 31, 31-36)”.

Nótese ante todo que el vaticinio se dirige a *todo* el pueblo judío, a ambas casas, la de Israel y la de Judá, no obstante la ruina total de aquélla y la situación desesperada de ésta, y que su fin es consolar a sus connacionales con la esperanza de la renovación de *todas* las tribus de Israel. Por lo cual no satisface la interpretación puramente alegórica, que entiende por "la casa de Israel" y la "casa de Judá" y el "linaje de Israel" solamente la Iglesia. En algún sentido debe referirse también a quienes el profeta dirige la profecía, las doce tribus de Israel, como se ve claramente en Hebr. 10, 16-18.

Entresacamos otro texto de Jeremías: *"Porque he aquí que llegará tiempo, dice el Señor, en que Yo haré volver los cautivos de mi pueblo de Israel y de Judá y harélos regresar, dice el Señor, a la tierra que di a sus padres y la poseerán"* (Jer. 30, 3).

El ilustrado escriturista P. Réboli, S. J. en su reciente edición de la Biblia, pone aquí (con el P. Páramo, S. J.) la siguiente nota:

"El Profeta parece que habla principalmente de la libertad completa en que será puesto el pueblo de Israel, cuando todo entero reconocerá al Mesías, y entrará en su Iglesia por la fe; porque tan sólo una pequeña parte de la nación fue la que se convirtió en el tiempo del Mesías. Tal vez por esto se añade en el v. 24, que las cosas que aquí se dicen serán entendidas al fin de los tiempos. Es de notarse, con San Jerónimo, que profetizaban las mismas cosas Jeremías en Jerusalén y Ezequiel en Babilonia. (Véase Ezech, 37 24.)".

Como se ve, la nota del P. Réboli señala, en una feliz síntesis, las siguientes verdades:

a) Las Profecías con las promesas hechas a Israel no se cumplieron en la primera venida de N. S. Jesucristo: "porque tan sólo una pequeña parte de la nación fué la que se convirtió en tiempo del Mesías".

b) Esas Profecías no se refieren, por lo tanto, a los cristianos, sino que deben aplicarse literalmente, como dice el comentado versículo de Jeremías, al pueblo israelita y a la futura reunión de las doce tribus (Israel y Judá), reunión nunca efectuada hasta el presente¹⁰.

c) Esa reunión, que tendrá lugar "en la tierra de sus padres", como dice el texto de Jeremías, comportará "la libertad completa en que será puesto el pueblo de Israel", y será la conversión total de dicho pueblo "cuando todo entero reconocerá al Mesías y entrará en la Iglesia por la fe", según las profecías de San Pablo que hemos comentado en el presente estudio.

d) Estos admirables misterios se cumplirán "al fin de los tiempos", como lo hace notar el P. Réboli de acuerdo con el v. 24 de este mismo capítulo 30 de Jeremías.

e) En confirmación de todas estas verdades, "debemos notar, como lo hacía San Jerónimo", que ellas eran enseñadas igualmente "por Jeremías en Jerusalén", según acabamos de verlo y "por Ezequiel en Babilonia", como se ve en Ezech, 37, 24; pasaje que transcribimos más adelante.

¹⁰¹⁰ Al convertirse toda la nación judía a la fe, entonces se verificará la reunión de todas las tribus en el reino de Jesucristo.- (Nota de Páramo, S. J. a Jer. 30, 9).

Otra nota en que el docto jesuita completa el panorama profético a que nos hemos referido en este estudio, es la que pone al vers. 13 del mismo cap. 39 de Jeremías, en el cual Dios reprocha al pueblo de Israel su rebeldía, diciéndole: *"No hay remedios que te aprovechen"*. "Esto es, observa el P. Réboli, la ceguedad y dureza del pueblo judaico en no querer reconocer al Mesías, es de suyo incurable: se necesita un milagro de la gracia, el cual obrará Dios a su tiempo. Ver Rom. cap. 11." Efectivamente será así, como lo hemos visto al estudiar ese capítulo de S. Pablo que cita el P. Réboli: la conversión de Israel es una cosa que Dios obrará, no por los méritos de este pueblo, sino movido exclusivamente por su misericordia. De ahí que S. Pablo lo anuncie como un gran misterio, y llegue a decir, en dicho capítulo, que, con miras a esa futura conversión, "algunos pocos han sido reservados por Dios según la elección de su gracia." Y agrega: "Y si por gracia, claro está que no por obras: de otra suerte la gracia no fuera gracia" (Rom. 11, 5-6). Ver también Deut. 4, 30 s.

De la misma manera consuela el profeta Ezequiel a su pueblo. Se reunirán los israelitas en un solo rebaño y habitarán perpetuamente la tierra santa de sus padres. He aquí la profecía a la cual se refiere la nota del P. Réboli:

"No se contaminarán más (los judíos) con sus ídolos, ni con sus abominaciones, ni con todas sus maldades. Yo los sacaré salvos de todos los lugares donde ellos pecaron, y los purificaré, y serán ellos el pueblo mío, y Yo seré su Dios. Y el siervo mío David será el rey suyo, y uno solo será el pastor de todos ellos: y observarán mis leyes y guardarán mis preceptos y los pondrán por obra. Y morarán sobre la tierra que Yo di a mi siervo Jacob, en la cual moraron vuestros padres; y en la misma morarán ellos y sus hijos, y los hijos de sus hijos eternamente; y David¹¹, mi siervo, será perpetuamente su príncipe. Y haré con ellos una alianza de paz, que será para ellos una alianza sempiterna; y les daré firme estabilidad, y los multiplicaré, y colocaré en medio de ellos mi santuario para siempre. Y tendré junto a ellos mi tabernáculo, y Yo seré su Dios, y ellos serán el pueblo mío. Y conocerán las naciones, que Yo soy el Señor, el santificador de Israel, cuando estará perpetuamente mi santuario en medio de ellos" (Ez. 37, 23-28)".

¹¹ El Mesías, que es descendiente de David. Ver Jer. 23, 5 s.; 30, 9; 33, 15 s.; Os. 3, 5, etc.

Pasamos por alto otros anuncios de los Profetas mayores, para incluir algunos de los menores:

“Porque los hijos de Israel mucho tiempo estarán sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin efod (prenda del S. Sacerdote), y sin terafines (oráculos). Y después de esto volverán los hijos de Israel y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey (al Mesías hijo de David), y se acercarán con temor al Señor y a sus bienes en el fin de los tiempos” (Oseas 3, 4, 5).

Hay unanimidad entre los exegetas sobre el sentido de esta profecía. Todos la refieren al pueblo de Israel, que algún día mirará y admirará al Redentor, pero esto, según muchos, será, como se expresa Scío, "en la postrimería de los días, al fin del mundo"¹².

“Y sacaré de la esclavitud al pueblo mío de Israel, y edificarán las ciudades abandonadas y las habitarán, y plantarán viñas y beberán el vino de ellas, y formarán huertas y comerán su fruta. Y Yo los estableceré en su país, y nunca jamás volveré a arrancarlos de la tierra que Yo les di, dice el Señor Dios tuyo” (Amós 9, 14-15).

Este último versículo muestra que no se trata de la vuelta del cautiverio babilónico, que fué transitoria, sino de una definitiva y perpetua; profecía que hasta hoy no se cumplió ni literal ni alegóricamente.

“En aquel tiempo Yo reuniré conmigo, dice el Señor, aquella (nación) que cojeaba (Israel), y volveré a recoger aquella que Yo había desechado y abatido; y salvaré los restos de la que cojeaba, y formaré un pueblo robusto en aquella que había sido afligida; y sobre ellos reinará el Señor en el monte Sión desde ahora para siempre jamás” (Miqueas 4, 6 s.).

“Esto dice el Señor de los ejércitos: Yo he vuelto a Sión y moraré en medio de Jerusalén; y Jerusalén será llamada ciudad de la verdad, y el monte del Señor de los ejércitos, monte santo” (Zac. 8, 3).

“Y vendrán a Jerusalén muchos pueblos y naciones poderosas a buscar al

¹² Esto no impide aplicarla también al regreso del cautiverio babilónico, el cual es imagen de la vuelta definitiva de Israel a Cristo (Calmet, Lepicier).

Señor de los ejércitos y a orar en su presencia. Así dice el Señor de los ejércitos. Esto será cuando diez hombres de cada lengua y de cada nación tomarán a un judío, asiéndole de la franja del vestido y le dirán: iremos contigo porque hemos conocido que con vosotros está Dios” (Zac. 8, 22-23).

“Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén espíritu de gracia y de oración, y pondrán su vista en Mí, a quien traspasaron (es decir en Cristo: Cf. Juan 19, 37), y lo plañirán con llanto, como sobre un unigénito. Y harán duelo sobre Él, como se suele hacer en la muerte de un primogénito” (Zac. 12, 10).

“Y en aquel día brotarán aguas vivas en Jerusalén, la mitad de ellas hacia el mar oriental, y la otra mitad hacia el mar occidental. Serán en verano y en invierno. Y el Señor será el Rey de toda la tierra. En aquel tiempo el Señor será el único; ni habrá más nombre que el suyo. Y la tierra (de Judá) volverá a ser habitada hasta el desierto, desde el collado de Remmón, hasta el mediodía de Jerusalén; y será ensalzada, y será habitada en su sitio, desde la puerta de Benjamín hasta el lugar de la puerta primera, y hasta la puerta de los ángulos; y desde la torre de Hananeel, hasta los lagares del rey. Y será habitada, ni será más entregada al anatema; sino que reposará Jerusalén tranquilamente” (Zac.14, 8-11).

Estas profecías, que no son más que un pequeño florilegio de un jardín riquísimo, bastarían para hacernos vislumbrar el valor trascendental que los Profetas, por inspiración divina, atribuían al "restablecimiento" (Rom. 11, 11) de su pueblo: idea fundamental del Antiguo Testamento e interpretada irrefutablemente por el Apóstol de los gentiles en Rom., cap. 11.

No falta en el cuadro el Profeta que ha de venir para encaminar la obra de la salvación. Es, según el Eclesiástico (48, 10), Elías, “el que está constituido en los decretos de los tiempos para aplacar la ira del Señor; para reconciliar el corazón del padre con el hijo, y restablecer las tribus de Jacob”.

La primera parte de tan consoladora promesa se encuentra también en Malaquías (4, 6), con el agregado: “a fin de que Yo (Dios), en viniendo, no hiera la tierra con anatema.”

El mismo Señor confirma que Elías ha de venir al final y "restituirá todas las cosas" (Mat. 17, 11) aunque ya el Bautista puede considerarse como un nuevo Elías (Mat. 11, 14)¹³.

Como acabamos de ver en el Eclesiástico (48, 10), la venida de Elías tendrá también por fin "restablecer las tribus de Jacob", es decir, la realización de las profecías sobre el "restablecimiento" (Rom. 11, 15) de Israel.

Según los SS. Padres, Elías no solamente convertirá a los judíos, sino que también hará florecer en la Iglesia su antigua piedad y nativo esplendor (Páramo)¹⁴.

[Regresar al Indice](#)

¹³ Estos textos acerca de Elías confirman la idea que las profecías precitadas no se limitan a un sentido tan sólo condicional y a tiempos pasados.

¹⁴ El Apocalipsis (11, 3) menciona a dos Profetas-Testigos de los últimos tiempos. El uno sería Elías, el otro Henoc, según la opinión más común entre los Padres y Doctores que han comentado el pasaje. La exégesis moderna se aleja en parte de esta interpretación y considera que esos testigos son los predicadores del Evangelio (Allo, Buzy, etc.).

IV. SUCESIÓN DE LOS ACONTECIMIENTOS NOVÍSIMOS

Con los medios que están a nuestro alcance humano, no es del todo imposible establecer la sucesión de las postrimerías. Seguimos en la exposición de tan delicada materia, no el propio juicio, sino, en los párrafos descollantes, al más autorizado de los teólogos que trataron el tema: el Cardenal Luis Billot, el que dedica a esta cuestión gran parte de su libro "*La Parousie*".

Según Billot, el estado del mundo actual se acerca cada vez más al que nos describen Jesús y los Apóstoles para los últimos tiempos¹⁵.

1) *El Evangelio del Reino ha sido predicado en todos los países del mundo, hasta entre los negros y esquimales. Así se ha cumplido lo que dice el Señor en Mat. 24, 14: "Entre tanto se predicará este Evangelio del Reino en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones; y entonces vendrá el fin"*¹⁶. Nótese que la profecía del Señor no dice que todos los hombres aceptarán el Evangelio sino tan sólo que les será predicado. Porque bien sabe Él que habrá poca fe en el tiempo de su Retorno. Dice Él mismo: "*Pero cuando viniere el Hijo del hombre, ¿os parece que hallará fe sobre la tierra?*" (Luc. 18, 8).

2) La *apostasía* de las masas en casi todos los pueblos cristianos —esta llaga, la más grande que jamás sufrió la Iglesia; este desastre espiritual, más atroz que todas las herejías juntas, — es la segunda señal del acercamiento de los últimos tiempos: "*Aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán a muchas gentes. Porque abundará la maldad, se enfriará la caridad de muchos*"¹⁷ (Mat. 24, 11 y 12). Véase también II Tes. 2, 3.

Son tan conocidas estas señales de la apostasía que no necesitamos describirlas. Baste decir que no hay que pensar para ello sólo en remotos países, sino también en aquellos en que vivimos.

¹⁵ Claro está que las exposiciones que siguen han de entenderse dentro del marco que pone a los últimos acontecimientos el mismo Señor: "En orden al día y a la hora nadie lo sabe, ni aun los Ángeles, sino sólo el Padre" (Mat. 24, 36) y S. Pablo: "Como el ladrón de noche, así vendrá el día del Señor" (I Tes. 5, 2). "Velad, pues, ya que no sabéis ni el día ni la hora" (Mat. 25, 13).

¹⁶ Joüon traduce: "Y esta Buena Noticia del Reino será *proclamada* en el mundo entero; y *promulgada* a todos los pueblos", etc.

¹⁷ Joüon traduce: *de la mayoría*.

3) El mundo está, pues, a punto de iniciar *la gran rebelión del Anticristo contra Dios* de la que hablan San Pablo y San Juan. El Doctor de los gentiles escribe sobre esto a los Tesalonicenses: *“Entonces (cuando venga la apostasía) se dejará ver aquel perverso (el Anticristo), a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, y destruirá con el resplandor de su Venida. Aquél vendrá con el poder de Satanás, con toda suerte de milagros, de señales y prodigios falsos y con todas las ilusiones que conducen a la iniquidad a aquellos que se perderán por no haber recibido y amado la verdad a fin de salvarse. Por eso les enviará Dios el artificio del error para que crean a la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la maldad”* (II Tes. 2, 8-11). Ver Dan. 7, 25 s.; Apoc. 13, 5.

Billot observa acertadamente que esta fase de los acontecimientos apocalípticos no pudo verificarse hasta hoy, porque faltaban las condiciones técnicas. Un "dueño del mundo", como va a ser el Anticristo, necesita absoluta centralización y monopolización de todas las fuerzas técnicas en una sola mano. ¿Quién niega que la guerra mundial nos ha mostrado y sigue mostrándonos cuán cerca está el mundo de este fin fatal de las invenciones humanas?

4) Entonces, y sólo entonces, vendrá la renovación y conversión de Israel de que hemos tratado en el capítulo III. Billot cree que también para esta vuelta de Israel, la Providencia está preparando los caminos, y menciona como uno de los indicios, el movimiento sionista entre los judíos, cuyo fin es organizar la repatriación del pueblo hebreo en el país de sus padres.

La conversión de Israel será la coronación de la Nueva Alianza (ver Hebr. 8, 8 ss. y 10, 16, donde S. Pablo interpreta a Jeremías 31, 31 ss) La reprobación de Israel fué ocasión de nuestra admisión al Reino; pero una vez obtenido el perdón, ese pueblo entrará de nuevo en la posesión de las promesas y formará parte del Reino de Cristo, como se ve en la Carta a los Romanos (c. 11). Este será el momento en que veremos el cumplimiento de todos aquellos vaticinios de los Profetas sobre la salvación de Israel, que ahora tan difícilmente comprendemos; y Cristo será reconocido verdadero Rey por su pueblo, lo que no hicieron en su primera venida.

5) Si seguimos al Vidente de Patmos (Apoc. 20, 7-10) habrá al fin un combate apocalíptico entre las fuerzas de Gog y Magog contra los "santos" y la "ciudad amada". Gog y Magog son nombres que se encuentran ya en las profecías de Ezequiel (caps. 38 y 39). Su significado es oscuro, pero lo cierto es que el Profeta los toma como representantes de todos los enemigos de Dios, lo mismo que San Juan, por lo cual no han de confundirse con el Anticristo como persona.

[Regresar al Indice](#)

V. CONCLUSIÓN

El docto Cardenal Billot, muerto hace algunos años, no presencié la persecución actual de los judíos, la cual, por encima del resentimiento racial y de la lucha económica que tal vez haya contribuido en un principio, ha tomado proporciones y formas nunca vistas. Dios visita a su pueblo, quiere curarlo en su eterna misericordia.

“Pero, ¿quién hay entre vosotros que escuche y atienda, y piense en lo que ha de venir? ¿Quién ha abandonado a Jacob e Israel para que sea presa de los que le han saqueado? ¿No es el mismo Señor contra quien hemos pecado no queriendo seguir sus caminos, ni obedecer su ley? Por eso ha descargado Él sobre éste (pueblo) su terrible indignación y le hace una guerra atroz, y le ha pegado fuego por todos sus costados, y no cayó (Israel) en la cuenta; le ha entregado a las llamas, y no ha entrado en conocimiento (de sus culpas)” (Isaías 42, 23-25). Ver Deut. 32, 6 y 29 s.

No te hagas sordo, oh Israel, en el día en que el Señor tu Dios te busque mediante la tribulación, porque Él es también quien te consuela, como dijo por boca del Profeta:

“Consuélate, oh pueblo mío, consuélate: dice vuestro Dios: Habladle al corazón a Jerusalén, alentadla, pues se acabó su aflicción; está perdonada su maldad; ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados” (Is. 40, 1-2)¹⁸.

[Regresar al Índice](#)

¹⁸ A título informativo y para dar testimonio a la verdad, añadamos una palabra sobre la leyenda negra inventada contra los judíos. Se les acusaba, y se les acusa aún, de cometer "asesinatos rituales" en niños cristianos, crimen que ya el Papa Gregorio IX (siglo XIII) después de maduro examen, declaró ser una "mera invención". Este mismo Papa, como también otros Pontífices Romanos, dispuso que los judíos no debían ser molestados en sus conciencias ni en la observación de sus fiestas. Hoy día circula también la leyenda de los "Protocolos de los Sabios de Sión" cuya falsedad igualmente con toda certeza está probada.

PALABRAS DE CONSUELO A LOS JUDÍOS PERSEGUIDOS

Aunque no se cumplió aquella esperanza del sefardí Antonio de Montesinos, que en el siglo XVI afirmó haber descubierto en América del Sur las diez tribus de Israel, desaparecidas desde el cautiverio de Samaria en Asiria¹⁹, nos queda siempre la esperanza bíblica de los divinos Profetas. También los hebreos tienen que "custodiar su depósito sagrado y evitar las profanas novedades" de que habla San Pablo a Timoteo²⁰.

El tiempo ha hecho estragos, y los gentiles modernos no han sido menos enemigos de la tradición bíblica israelita que los antiguos con sus dioses de palo y piedra. La misma cultura talmúdica y rabínica de los Raschí, de los Maimónides, de los ben Gabirol, de los Yehuda ha-Leví, de los ben Ezra, formada en las tranquilas horas medievales, ha sido ridiculizada por escritores de nota como los Abrahamowitsch y Gordon en el siglo pasado. Por otra parte, la llamada reforma del judaísmo, en la que tanto influyó Moisés Mendelsohn, aquel hebreo con el espíritu de la Alemania de Federico el Grande, ha tendido a destruirlo todo, y hasta tal punto se ha entronizado el elemento negativo, que apenas se ha conservado nada de lo tradicional.

Así, entre los mismos judíos, se ha llegado muy poco a poco a negar la creencia en el advenimiento de un Mesías personal, sustituyéndolo por la idea de la misión mesiánica *del pueblo de Israel* que habría de realizarse en la era "mesiánica" de la humanidad. Se ha querido abandonar las leyes del Pentateuco; suprimir, junto con el Mesías, toda referencia a la restauración del Templo, y hasta la idea de resurrección, como los saduceos del tiempo de Jesucristo.

Pero la verdadera reparación de Israel sólo puede traerla Cristo. Recordemos que el sacrificio expiatorio cotidiano tenía por fuerza que ser de un cordero. Y Cristo, desde antes de que inaugurase la predicación del Reino evangélico, fué presentado por el Bautista como el Cordero de Dios que cargó con los pecados del mundo, realizando así aquella figura de la Antigua Alianza. ¿Acaso la misma tradición judaica no reconoce aún otra figura del

¹⁹ Es lo mismo que luego habían de sostener, con respecto a Inglaterra, los numerosos partidarios de la British-Israel.

²⁰ I Tim. VI, 20.

Mesías: el rito del macho cabrío emisario, que ofrecía el Sumo Sacerdote por los pecados del pueblo?

Nada es más triste que el pesimismo con que un gran poeta hebreo del siglo XIX, Menahen Mendel Dolitzky, el primero que reanuda la tradición de los Siónidas, después de notar la pérdida de la fe religiosa, nota la falta de entusiasmo aun por la idea sionista. ¿Es que fué en vano, que en la destrucción de Jerusalén quedase en pie el muro de las lamentaciones, que Israel ha regado durante tantos siglos, con las lágrimas del dolor y de la esperanza?

No, no es en vano, porque a la época mendelsohniana ha sucedido la época sionista.

¡Cuántos progresos ha realizado esta idea, que al principio se enunciaba tímidamente, como cosa descabellada! Basta haber visto el milagro de Tel Aviv, esa "Colina de Primavera" tan erigida en terrenos hasta ayer arenosos y estériles; basta ver la notable organización de los estudios en la Universidad de Jerusalén; basta ver los plantíos de *grape-fruits* en las orillas del Lago de Jesús. Y aunque así no fuera, el profeta Sofonías, nos muestra claramente que el grande y definitivo llamamiento de Israel se producirá cuando el pueblo esté pobre y humilde y vuelva su esperanza al Señor: *"En aquel día no serás abochornada a causa de todas tus obras, con las cuales te rebelaste contra Mí, porque entonces quitaré de en medio de ti los tuyos que se regocijan orgullosamente: y no volverás a ensoberbecerte en mi santo monte. Antes Yo dejaré en medio de ti un pueblo afligido y pobre y ellos confiarán en el nombre del Señor. El residuo de Israel no hará iniquidad ni hablará mentiras, ni será hallada en su boca una lengua engañosa; por lo cual, como ovejas, apacentarán y sestarán, y no habrá quien los espante. Canta ioh hija de Sión! prorrumpe en aclamaciones ioh Israel! alégrate y regocíjate de todo corazón ioh hija de Jerusalén! El Señor ha apartado tus juicios, ha echado fuera a tu enemigo. El rey de Israel, el Señor, está en medio de ti, no tienes que temer jamás mal alguno. En aquel día será dicho a Jerusalén: No temas ioh Sión!, no se aflojen tus manos. El Señor, tu Dios, está en medio de ti; Él, que es poderoso, te salvará; regocíjase sobre ti con alegría, descansará en su amor, y saltará de gozo sobre ti, cantando. A los que lloran privados de las fiestas solemnes, Yo los re-cogeré; lejos de ti estaban, mientras sobre ti se*

cargaba el vituperio. He aquí que en ese tiempo Yo me las habré con cuantos te afligen; y salvaré a la que cojea y recogeré a la que ha sido expulsada: y haré que sean para la alabanza y renombre, en toda tierra en donde han padecido ignominia. En ese tiempo os haré entrar, y en ese tiempo os recogeré, porque haré que seáis para renombre y alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando Yo haga tornar vuestro cautiverio, ante vuestra misma vista, dice el Señor”²¹.

Nadie ignora las dificultades políticas de afuera, ni las tendencias divergentes de los judíos que no quieren pensar en apresurar "el día del Señor", de que hablan tantas veces los Profetas, porque dicen que el Mesías lo hará todo a su tiempo. Tienen razón, en cuanto Dios no necesita de los hombres, e Isaías nos dice que *Él hará estas cosas súbitamente cuando llegare su tiempo* (LX, 20). Pero nada podrá impedir que ese supremo ideal de Israel, que es el mismo que San Pablo llama la bienaventurada esperanza (Tito II, 13) de los cristianos, siga moviendo a las almas de elección hacia un terreno que, prescindiendo de planes de orden temporal es el más propicio para la fusión definitiva, en los brazos del Mesías triunfante, de los que son hijos de Abraham según la carne y los que somos hijos de Abraham según la fe en la promesa²².

Y esto no es un sueño del sentimentalismo, sino una de las más grandes verdades que Dios se ha dignado revelarnos en la Biblia. Porque cuando haya llegado el fin de los tiempos durante los cuales deben cesar *el sacrificio y la oblación según lo anunció el profeta Daniel (IX, 27); cuando "el reino, la dominación y la grandeza del reino que está debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo"*, como dice el mismo Profeta (VII, 27), entonces se cumplirán las estupendas promesas de Zacarías: *"Esto dice el Señor Omnipotente: He aquí que voy a libertar a mi pueblo del país de Oriente y de Occidente. Yo los conduciré y ellos habitarán en medio de Jerusalén; ellos serán mi pueblo y Yo seré su Dios con verdad y justicia... Que vuestras manos se fortalezcan, oh vosotros, los que escucháis en estos días estas palabras de la boca de los Profetas que os hablaron en el día en que fué fundada la casa del Señor de los ejércitos, para que el templo sea*

²¹ Sofonías, 1-20 (Texto hebreo). Ver también los Salmos 79, 80 y 83 (numeración hebrea) que la Iglesia aplica, junto con la oración de Mardoqueo (Ester 13. 8 ss.) en la Misa "contra Paganos".

²² Ver Romanos IV, 16 ss.

reedificado”²³.

Entonces se cumplirán, de un modo u otro, las visiones de los Profetas sobre la nueva Jerusalén, la reedificación de sus muros, el nuevo Templo, porque en aquel día se verificará la fusión en Cristo de los pueblos del Nuevo y del Antiguo Testamento.

Dejo de lado todas las profecías que, desde la cuna de Efrata o Bethlehem, anunciada por Miqueas (5,2), hasta la lanzada con que el soldado romano abrió el costado de Jesús ya muerto —para que no le quedase ni una gota de sangre que derramar por nosotros (Zacarías 12, 10) — muestran esa sangre del Cordero como un hilo rojo que nos descubre, a través de toda la Biblia, empezando por el simbólico sacrificio de Abraham, la primera venida de Cristo doliente. Ésa es la primera mitad del misterio cristiano, que dejamos al estudio de los judíos que quieran penetrar a fondo en el Evangelio. La otra mitad, o sea la segunda venida del Mesías triunfante, es nuestra esperanza, y no tenemos duda alguna de que cuando ambos pueblos, judío y gentil, estudien las profecías maravillosas de los Videntes del Antiguo Testamento y de San Pablo, se realizará el anhelo que Cristo expresó a su Padre cuando le dijo: "*Ut omnes unum sint...* que todos sean una misma cosa" (Juan 17, 21), y éste será el fruto por excelencia de su Pasión, como lo expresa San Pablo cuando dice a los de Éfeso y en ellos a todos los gentiles: "*Acordaos, digo, que en aquel tiempo estabais sin Cristo, estando extrañados de la ciudadanía de Israel y siendo extranjeros con respecto a los pactos de la promesa; no teniendo esperanza y sin Dios en el mundo. Ahora empero, en Cristo Jesús, vosotros que en un tiempo estabais lejos de Dios, habéis sido acercados a Él en virtud de la sangre de Cristo. Porque Él es nuestra paz, el cual de dos pueblos ha hecho uno solo, derribando la pared intermedia que los separaba*" (Ef. 2, 12-14).

Entonces, esto es, cuando estudiemos juntos unidos en caridad, esas

²³ Zacarías VIII, 7-9 (Texto hebreo). Con respecto a la nueva distribución de la Palestina, anunciada por el Profeta Ezequiel (47, 13-20) y muy distinta de la que existió, añadimos las palabras del famoso exegeta católico Fillion que dice que en ello, se indican "las fronteras de la comarca que el pueblo de Dios, regenerado y transformado, poseerá como preciosa herencia". Hace notar en seguida que según este nuevo reparto "todas las porciones serán iguales" a diferencia de la antigua distribución, y agrega: "Al dar así la tierra santa a su pueblo como una posesión definitiva, el Señor cumplirá sus antiguas y solemnes promesas". Cfr. Gen. 13, 14 ss; 15, 18 ss; 26, 3; 28,13 ss., etc.

profecías que nos revelan lo mucho que nos une, sin pensar en lo que nos separa... ¡oh!, el corazón se dilata al pensarlo, entonces el ímpetu del río alegrará la ciudad de Dios; entonces los cristianos sabremos que Abraham es el padre de todos nosotros, como lo prueba San Pablo en el cap. IV de la Carta a los Romanos, y entenderemos el sentido de la oración oficial de la Iglesia, que cada semana repite todo el Salterio de David, y se alegra con las estupendas promesas de Dios acerca de una nueva Jerusalén, y le dice de mil maneras, a esa que Cristo llama “la ciudad del gran Rey” (Mat. 5, 35) : "*Propter domum Domini Dei nostri quaesivi bona tibi*: a causa de la casa del Señor Nuestro Dios anhelé para ti la felicidad (Salmo 121, 9), e invita a todos los creyentes a orar diciéndoles: Rogad por la paz de Jerusalén" (Ibid. 6).

Terminamos señalando a nuestros hermanos en Cristo, la necesidad, más que nunca urgente en este período de la historia, de que lean y estudien detenidamente los capítulos IX a XI de la Epístola de San Pablo a los Romanos.

En esos capítulos y principalmente en el último, verán los hebreos cuán alto es el concepto que de su pueblo y sus destinos hemos de tener los cristianos, y verán muchos de éstos, con saludable humillación, cuán errados estaban al juzgar el problema de este pueblo sólo desde los puntos de vista racial y económico, San Pablo les enseñará que este pueblo es amadísimo de Dios a causa de sus padres; que sigue siendo el elegido, porque los dones de Dios son irreversibles (Rom. 11, 29): sabrán que San Pablo llega a desear ser anatema y separado de Cristo por el bien de los judíos, sus hermanos, de quienes dice que son los hijos adoptivos de Dios y que tienen la gloria, la Alianza, la Ley, el culto, las promesas, los Patriarcas, y de los cuales procedió Cristo según la carne (Rom. 9. 3-5).

Extendamos nuestra invitación a los Israelitas, nuestros hermanos en Abraham, para que ahonden en los libros de sus Profetas y se preparen para el cumplimiento de las promesas que Dios les ha dado por boca de ellos para siempre, pues la vocación de Dios respecto a su pueblo es inmutable (Rom. 11, 29), y roguemos como lo hicieron León XIII y Pío XI en la consagración del género humano al Sagrado Corazón, que ese pueblo vuelva al Señor y le sirva como sus padres, los Patriarcas, los que son también nuestros padres en la fe, porque todos somos hijos de Abraham (Rom. 4, 11-18) admitidos

misericordiosamente por la gracia de Cristo a participar, aunque éramos paganos y "sin promesa", de las magnas promesas hechas a Israel (Ef. 2, 11 ss.); a fin de que de ambos pueblos se haga uno solo, rompiéndose el muro que los dividía (v. 14). Por Cristo unos y otros tenemos entrada al Padre en virtud de un mismo Espíritu (v. 18), y estamos edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas judíos (v. 20), siendo Él la piedra angular. Y sabemos, para inmenso consuelo de todos, que esta unión de ambos pueblos, no realizada todavía de hecho, a pesar de la Redención de Cristo, será un día plena y feliz realidad sobre la tierra, porque así lo anunció Él mismo cuando dijo: "Y habrá un solo rebaño y un solo Pastor" (Juan, 10, 16)²⁴.

Entretanto, no hallamos mejor conclusión que las siguientes palabras del Sumo Pontífice Pío XI a los dirigentes de la Radio Católica Belga, con las cuales parece que el Papa quiso acentuar, en 1938, la tendencia hacia tan grandioso ideal, tendencia que desde entonces va difundiéndose y creciendo cada día, sobre todo entre los católicos ilustrados:

"*Sacrificium Patriarchae nostri Abrahae* (el sacrificio de nuestro Patriarca Abraham: palabras del Canon de la Misa): Observad que Abraham es nombrado nuestro Patriarca, nuestro antepasado. El antisemitismo no es compatible con el pensamiento y la realidad sublime que ese texto expresa. Es un movimiento en el cual no podemos, nosotros los cristianos, tener ninguna participación... Por Cristo y en Cristo somos de la descendencia espiritual de Abraham... El antisemitismo es inadmisibile. Somos espiritualmente semitas."

Pío XII

²⁴ Mientras están en prensa estas cuartillas los diarios de Buenos Aires ("El Pueblo", "La Nación") publican dos hechos muy significativos para el acercamiento entre los judíos y la jerarquía católica. El primero consiste en las oraciones que hicieron los rabinos de Nueva York por la salud del Cardenal Hinsley de Londres; el segundo es la "Semana de Confraternidad" entre cristianos y judíos, que se ha realizado en Norteamérica y entre cuyos propulsores figuran el Cardenal William O'Connell de Boston y el Arzobispo Mons. Tomás E. Molloy de Brooklyn.

[Regresar al Indice](#)